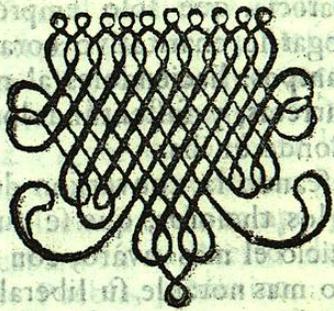


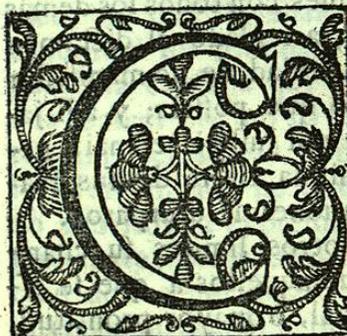
se prendaba de ellas su sencillez) algunas buxerías; todo lo qual les regalaba, por si lograba por estos medios, quando no el todo de aquellos sus deseos, que hiciesse menos estragos en los pasajeros su barbarie. En efecto su virtud se insinuò de tal suerte en los corazones de aquellas fieras racionales, que luego que lo reconocian, no solo se venian à èl con demostraciones de la mayor benevolencia; sino que lo obsequiaban con algunas frutas silvestres, y ofrecian à servirle, acompañándole en los caminos contra la ferocidad, assi de los brutos, como de los demás de su misma Nacion; bien que era tan comun à unos, y otros la veneracion à Aparicio, que no solo no se atreviò jamàs alguno de ellos à ofenderle en su persona; pero ni à los que se valian de su compañía, sirviéndoles su respeto del mas seguro asylo.



CAPITULO V.

CAPITULO V.

Dexa Aparicio el empléo de Carretero, y vuelve al de Labrador.



ANSADO ya su trabajado cuerpo de la penosa ocupacion de manejar Carretas, se resolviò à venderlas el año de mil quinientos cinquenta y dos, y aplicarse de nuevo al cultivo del campo; para cuyo efecto comprò una Hacienda de labor entre Atzacapuzalco, y Tlalnepantla, poco mas de una legua distante de la Ciudad de México. Sin embargo de tener algunos Indios, que le ayudassen; su natural inclinacion, y el dictamen de haver de comer siempre el pan del sudor de su rostro, le hacian acompañar personalmente à aquellos en el trabajo: sobre el qual se conociò desde luego reiteraba Dios aquella bendicion, con que felicitò antiguamente el de Jacob, en tan abundantes cosechas, que adquiriò con su producto el caudal suficiente para agregar à la de labor otra de ovejas. Dentro de poco tiempo se vieron ambas convertidas en Ciudades de refugio, en que hallaba grata acogida la necesidad comun, de fuerte, que parecia, que quanto havia practicado en los demás ministerios à beneficio de los proximos, havian sido

pre-

precisamente unos breves ensayos de su virtud, que aguardaba à perfeccionar en el de Labrador.

Es increíble el gozo que manifestaba al ver que se valian de sus cosas los demás del mismo exercio, para el socorro de sus necesidades; y assi ocurrían à él con seguridad de proveerse tanto de reales, como de semillas; si les faltaban al tiempo de las siembras: lo que no solo les franqueaba gustoso; sino tambien sus Bueyes, y Gañanes con todos los demás aperos de que necesitaban; arreglado al dictamen de que vivía penetrada su charidad, de no manifestar propiedad aun en lo mismo que poseía; y assi jamás se verificò, que pidiese por Justicia el maiz, ganado, ò dinero, ni aun la misma tierra de sus Haciendas, que en diversas ocasiones le usurparon.

Como no reconocia otros limites su charidad para con los pobres, que aquellos à que se extendía la necesidad; con igual, ò mayor prontitud, que à los Labradores vecinos, segun que aquella lo exigia, remediaba à quantos miserables ocurrían à él procurando su socorro, llevados de la certeza de que jamás havia quedado frustrada su esperanza; excediendo tal vez la confianza de los mismos lo singular, è ingenioso de su compassion. Assi lo experimentò aquella Viuda, cuyo Marido murió quedando à deber à Aparicio una considerable cantidad de pesos. Hizo llamar à aquella à su Casa, y al mismo tiempo à un Escribano, que diese testimonio de lo que delante de ella iba à executar, y sacò los vales, y recibos, que contra el difunto tenía. Lo menos que podia esperar la afligida Señora en tales circunstancias era, que se le hiciesse hacer un reconocimiento de dichos instrumentos; pero el éxito fue romperlos por su mano el mis-

mo

mo Aparicio, y dar à ella Carta de pago authorizada por el referido Escribano, y ofrecerse al tiempo al socorro, assi de ella, como de tres hijas Doncellas, que le havian quedado, como lo executò hasta suministrar à éstas las suficientes dotes, con que tomaron el estado del matrimonio.

No manifiesta menos aquella verdad el siguiente suceso. Passando cierto dia por la Plaza de México, viò que llevaban preso à un hombre, y acercándose à los Ministros, que lo conducian, les preguntò la causa: à que respondieron: que lo llevaban à la Carcel por no haver satisfecho la cantidad de tres mil pesos, que debía. Suplicòles Aparicio, que lo soltasen, que no dexaria de pagarlos; y estimando aquellos la expression por efecto de ligereza del suplicante, proseguian su camino, y éste la repetición de sus instancias. Al tiempo que se agitaba la altercacion, acertò à llegar el Juez de cuyo orden se llevaba à la Carcel el preso, y preguntando quien fuese el temerario, que intentaba impedir la execucion de la Justicia, respondió Aparicio, à quien luego conociò el dicho Juez, no haver sido otra su pretension, que informarse del motivo de la prission de aquel infeliz hombre, por si podia librarle de su angustia; y que enterado de él, suplicaba de nuevo se mandasse soltar, obligándose él à la paga de dicha cantidad. Condescendióse sin la menor repugnancia con su súplica, y habiendo satisfecho lo prometido, se llevó al deudor à su Casa, en la que prosiguiò manteniendo de un todo por mucho tiempo à aquel visible trophèo de su gran charidad.

Entre los necesitados tenían el primer lugar en la compassion de Sebastian los miserables Indios:

y

y assi era lo comun venir à quejarse à el de las vejaciones, y molestias, que les solian hacer en otras partes; lo que le estimulaba à solicitar de los Amos à quienes servian que los tratassen charitativamente, y hacerse, mas que con las palabras con las obras el Promotor continuo de su amor, hasta el extremo de no darle los mismos Indios otro tratamiento, que el de su Padre.

CAPITULO VI.

Práctica de otras virtudes de Aparicio en el exercicio de la labranza, y algunas tentaciones del Demonio estando aun en el siglo.



OR mérito de su trabajo, y de su industria comenzò Sebastian à enriquecer en el emplè de Labrador, hasta llegar à tener créditos de opulento, aun sin atenerse à los cálculos, que suele formar la embidia de los de una misma carrera, y profession; pero quanto mas adelantaba en riquezas, tanto menos disfrutaba en commodidades. Era de lo mas extraño à lo del mundo su comercio, pues parecia que buscaba el dinero, para comprar con el la mortificacion: para hacer su alimento diario de unas pocas tortillas de maiz, y por falsa unos pimientos, llamados vulgarmente

mente chiles en el Pais, deshechos en agua, à que agregaba un poco de Baca en los dias festivos: su bebida de sola agua, y de una delgada estera, ò petate sobre la dura tierra quando usaba de lecho, y no passaba las noches à Caballo velando sus sembrados; en las quales fixando en la tierra la punta de una hasta, que era la arma de que usaba comunmente para impedir los daños, que podian hacer en ellos las bestias, arrimando à esta la cabeza, dormia desde la misma Cabalgadura lo que esta tardaba en moverse, ò acometer à caminar: añadiendo à la austeridad de estas prácticas una modestia grande en el vestir, y total separacion de lo que llama el mundo passatiempos, especialmente del comunissimo entonces de los naypes; sin haversele conocido otra diversion, que la de una, ò otra vez tirar la barra.

La gran sinceridad, con que executaba cada una de las dichas cosas Aparicio, hacia, que reservandose à solo Dios el conocimiento de las que practicaba en su interior, y especialmente de su amor al mismo Dios, de su continua presencia, su oracion, y contemplacion de los Divinos Mysterios, no las atribuyessen los hombres à virtud, ni reflexassen sobre aquel fondo de bondad de donde procedian; pero el enemigo comun, que lo rezelaba, comenzò à usar de aquellos medios, que le sugeria su astucia, para separarle por ellos de sus santos propósitos.

Haviendo cerrado cierta noche la puerta de su Casa, se recogió à orar Sebastian; y quando mas engolfado estaba en su oracion, dando gracias à Dios con los mas amorosos, y dulces coloquios por los singulares beneficios, de que incessantemente lo colmaba, y acusandose al mismo tiempo en su presen-

cia como Reo de la mayor ingratitud, se le puso delante el Demonio en la horrible figura de un descomunal Ethyope, que con un tridente, ò vielgo de madera en la mano, instrumento de que usan para separar el grano de la paja los Labradores, le comenzó à incitar à que se levantasse, y saliesse à aventar una parva de trigo, que tenia trillada en la Hera, pues estaba corriendo un viento de lo mas à propósito para el efecto, siendo el fin de su venida, le dixo, el de ayudarle. Admirado Aparicio de ver en su presencia tan monstruoso vestigio, le preguntò ¿por donde havia entrado estando cerrada la puerta? A que respondió el malvado: que él sabia penetrar el lugar mas secreto, sin que pudiesen servirle de impedimento las mas fuertes cerraduras: expression, en que acabò de conocer Aparicio al pérfido aséfino de las almas, y haciendo sobre sí la señal de la Cruz, lo puso en fuga.

Partió confuso el tentador; pero maquinando en medio de su confusion un nuevo assalto. Aguardò à que saliesse una noche Sebastian à velar sus sembrados, como lo tenia de costumbre, y saliéndole al encuentro un furioso Toro, en que se transformò, le acometiò con el ímpetu de quien lo iba à despedazar; mas usando de su natural valor Aparicio, saltando del Caballo, lo aguardò à pie, y asiéndolo de las hastas, comenzó à lidiar con él hasta las dos de la mañana, en que conociendo, que su ferocidad era de distinta especie, que la de los comunes, acudiò al Cielo su espíritu, de donde tuvo pronto el socorro; porque habiendosele revelado en la misma hora al Venerable Padre Fr. Juan Bautista de Lagunas, que estaba orando en el Choro despues de Maytines con la

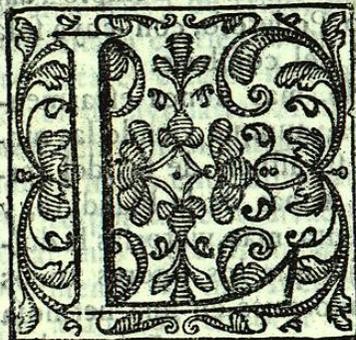
la Comunidad del Convento de N. S. P. S. Francisco de Tlalnepantla, la tribulacion en que se hallaba el Siervo de Dios, se la manifestó èste à los demàs, suplicándoles lo primero, lo socorriesen con sus oraciones, y despues, que lo acompañassen al campo de batalla; mas al salir del Pueblo encontraron à Aparicio, que venia ya de retirada al Templo à dar las debidas gracias al Todo Poderoso, con cuya sola ayuda pudo salir victorioso del combate.

Segunda vez corrido, mas nunca escarmetado, le acometiò la tercera; aunque viendo las ningunas ventajas, que facaba su astucia de las del terror, se valiò en ella de las armas de la blandura, y suavidad; sabiendo, que quenta mas victorias la dulzura del cariño, y la lisonja, que los rigores todos de la amenaza. Transformado pues en una hermosa Dama, adornada de tan ricas, como engañosas galas, se le presentò, usando de todo el atractivo de las caricias, y palabras lisonjeras. Preguntòle Aparicio: ¿què queria? A lo que respondió: que solo amarle, y servirle, compadecida de su abanzada edad, pues aun en ella estaba trabajando sin commodidad, ni regalo. Sabia mui bien el Cielo, y ojalà, y lo acabaran de conocer tambien los hombres, quanto es mas de temer una muger deshonestà, que una fiera; y assi no permitiò en esta, como en la antecedente lucha, el espacio de dos horas; sino que revelándole al enemigo, que baxo aquel engañoso aspecto se ocultaba, valiendose Aparicio de la arma poderosa de la Cruz, lo hizo desaparecer.

tercera vez avergonzado.

CAPITULO VII.

*Resistese Aparicio à contraber un casamiento,
que se le proponía.*



OS créditos de la riqueza de Aparicio, que tenían poco que volar de Atzacapuzalco à México, sirvieron de incentivo à un Vecino noble de esta Ciudad, para pensar en casar con él à una hija fuya competentemente rica, y adornada à mas de esto de prendas naturales. El conocimiento, que tenía de su genial llaneza, le hizo evitar para con él aquellos regulares preludios, que suelen acostumbrarse en semejantes casos; y así para que la entrevista, y la palabra del matrimonio quedassen efectuados en una sola concurrencia, procurando la oportunidad de la de Aparicio, le dixo: Que tendría la mayor satisfaccion en que honrassse su Casa cierto dia (y señalòle qual) en que lo aguardaría para tratar con él un negocio, que à los dos importaba. Dióse aquel por emplazado, sin tomarse la licencia de inquirir el objeto. Pero declarándolo este à los mas deudos, y amigos, que le fuè possible, les suplicò igualmente lo acompañassen el dia señalado, siendo tal vez precisa su asistencia para llevar al cabo su pretension. Cumplieron éstos el encargo tan à satisfaccion

del Suplicante, que quando llegó Aparicio, le acompañaron à recibirlo, y colocarlo en el lugar mas distinguido de la Sala, inmediato à la Esposa designada.

No acertaba la humildad del Venerable à descifrar el mysterio, que encerraba aquella distincion; y así se mantuvo igualmente confuso, que modesto, y silencioso un largo rato, hasta que llamándole el Padre la atencion, usando de aquellas expresiones, que acostumbra en semejantes lances la urbanidad, le manifestó el deseo de que admitiessse à su hija por Esposa, que era el asunto para que le havia citado, en que convenian gustosos los circunstantes: confirmando todos, aunque tumultuariamente, su verdad.

Oyò à unos, y otros Aparicio; y usando de su acostumbrada madurez les respondió en sustancia: que el mismo conocer el exceso del favor, que se le hacia, bastaba à retraherle de su admision; que consideraba en la niña una Señora criada con regaló al lado de sus Padres, y en medio de las grandezas, y diversiones de la Corte, lo que la hacia acreedora à mas alto destino, que el de un hombre de campo como él era. Procurò el Padre desvanecer la escusa, prometiéndole, que se la entregaria con el seguro de que una vez casada, lo seguiria gustosa donde él quisiessse. A aquella singuieron otras; pero todas hallaban pronta réplica así en el Padre, como en la demás acorde comitiva. Y tomando un tono mas alto en su resolucion, les dixo: *Me he escusado, Señores, hasta aqui, porque hallo en mi, que no merezco la honra, que me hacen en darme por Esposa, y compañera a tan principal muger; pero ya que quieren que la lleve à mi compañía, ¿qué*

me dan para sustentarla? Respondió el Padre, y con él algunos de los deudos: que le darian en dote una Hacienda de labor, que bien valdria tres, ó quatro mil pesos. *Tierras, ni Haciendas no necesito,* dixo Aparicio, *porque tengo propias las bastantes. En dinero pregunto.* Prometieronle seiscientos pesos, que era la cantidad, dixerón, con que se hallaban en la ocasion. Al oír esto, se levantó, diciendo: *Que agregassen à los dichos, otros seiscientos que él daba à la Señora, de su caudal para zapato; que fuesen luego por ellos, que por entonces no trataba de casarse:* y se salió, celebrando el haver acertado à rescatar al precio de tan poco oro su libertad.

CAPITULO VIII.

Contrabe Aparicio matrimonio, y conserva en él su pureza virginal.



SESENTA años de edad contaba ya Aparicio, y en ellos tan admirables triumphos, como hasta aqui hemos visto, su virginal pureza: y fiando su Prudencia en la vejez de la asistencia del poder de la gracia, con cuya ayuda havia salido victorioso, aun siendo Joven, en tan peligrosos combates; se resolvió à elevar la práctica de aquella virtud, hasta el último gra-

grado à que puede llegar entre los hombres su heroísmo, entrando en el mas arduo, y difícil empeño de conservarla ileta en el estado conjugal. Para poner en execucion, como lo havia meditado, su designio, conocia serle preciso elegirse una Esposa, no solo de tierna edad; sino de tal virtud, que se pudiesse prometer prudentemente de ella, atenderia al alivio de su vejez, sin exponerle por su parte à peligro de naufragar en su heroico propósito.

El mismo Cielo, que se lo inspiraba, le dirigió por sin duda, un Vecino pobre, aunque honrado, del Pueblo de Chapultepec, media legua distante de esta Corte; quien haciéndole presentes aquellos comunes riesgos à que estaba expuesta por su pobreza la virtud de una miserable hija, que tenia, le suplicó al mismo tiempo se la amparasse por amor de Dios, para lo qual se la ofrecia desde luego por Esposa, aunque sin otra dote, que la de su notorio recogimiento, y honestidad. Perçuadido Aparicio à que en la que aquel buen hombre le proponia, le destinaba la Providencia la que él buscaba, aceptó la propuesta, y procedió à celebrar su matrimonio.

Advirtió en la Consorte mui desde los principios de su carrera un candor columbino, que explicaba el de Sebastian, despues de muerta, con la expression: *de haver criado en ella una Palomita para el Cielo, blanca como la leche.* Y esta bella disposicion hizo, sin duda, que hallasse en ella mas favorable, y grata acogida la propuesta de la resolucion, en que se hallaba Sebastian, que aun para con un Valeriano la de Cecilia. Comenzó pues à manejarse con ella como Padre, sin faltar en lo público à las precisas atenciones de Marido: proveyendo como

mo tal de quanto podia contribuir à la commodidad, y decencia de su estado, sin agravio de la christiana moderacion. Acompañábala siempre à la mesa: y ignorando aun aquella los ministerios de coser, y labrar, la llevaba à Caballo casi en brazos à que una honesta Señora, se la instruyesse.

Pero lo que hizo mas admirable la continencia de Aparicio, no fuè el que no se llegasse à ajar, ni aun por assomos, en medio de la familiaridad íntima de este trato. La pluma de un Serafin havia de ser la que lo describiesse conduciendo al blando lecho, que desde luego le previno, à su tierna Esposa, desnudándola, y acostándola en èl, con toda la ternura, y atencion, con que pudiera con una hija un amoroso Padre; y despues de haverse encomendado à la Reyna de las Virgenes por medio de su Rosario, acostándose èl en el duro suelo, sin mas resguardo, que el de una estera, ò piel de Toro, à los pies del mismo lecho.

La paz que traia consigo la dulzura de semejante trato entre los dos Confortes, procurò turbar el Demonio, valiendose de los mismos Suegros de Aparicio; à quien haciendo el injusto cargo de tratar mal à su hija, y mirarla con abandono, llenaron de los mayores improperios. Pero no teniendo aquel otro objeto, que la seguridad de su conciencia, desentendiendose de las injurias, y usando de su acostumbra mansedumbre, les respondió: *Que no se hallaba culpado en el cargo, que le hacian, porque ni la maltrataba, ni la queria mal, como ella misma lo diria; y que en lo demás no tenian que cansarse, porque èl se havia casado con ella para ampararla, y si lo alcanzaba por dias, dexarla*
por

por universal heredera de todos sus bienes, para que con ellos passara descansadamente la vida, y libre de las necessidades, que antes le asfigian en el mundo.

El efecto, que produjo esta moderacion, fuè irritar mas los ánimos de aquellos; pues no haciendose cargo de la entereza del de Aparicio en no faltar à aquel santo propósito, con que se havia casado, y que no dexaba de indicar de algun modo su respuesta; hicieron prueba de la misma del poco amor de que le acuíaban, ò à lo menos de defecto de parte de su naturaleza para satisfacer el fin para que fuè instituido el matrimonio; hasta llegar à resolverse à pretender se declarasse por Justicia su nulidad. Mas antes de ponerlo en execucion murió la casada Virgen, habiendo desfrutado los exemplos de la christiana vida de Aparicio por el espacio de poco mas de un año. Dióle este sepultura en la Iglesia Parrochial del Convento de Tacuba; y haciendo tomar luego la cantidad de dos mil pesos, en que la havia dotado, los hizo passar à sus Padres, con la expresion, de que para esto si se havia casado, que recibiesen aquella cantidad, para que remediassen con ella sus escasezes.

